

do que iluminasen á los hombres por la interpretación de sus doctrinas, y los santificasen por la dispensación de sus sacramentos.

Nos es, pues, imposible conciliar con el Evangelio, conciliar con la parábola del Samaritano, la doctrina que es la base misma del protestantismo, la doctrina que proclama la acción inmediata y directa de Dios sobre el alma cristiana, la doctrina que sustrae al cristiano del ministerio de la Iglesia, ya para la inteligencia de las Escrituras, ya para la participación en la gracia. Al contrario, es de toda evidencia que, según el Evangelio, y en particular según la parábola del Samaritano, todo cristiano debe á los ministros de Jesucristo sumisión, obediencia y respeto como á Dios mismo. Ese deber se halla esencialmente enlazado con el cargo y la responsabilidad que Jesucristo impone á sus ministros cuando les encarga el velar sobre nuestras almas, cuando les confía el cuidado de aplicar remedio á sus enfermedades espirituales. Así lo había comprendido San Pablo cuando decía á los primeros cristianos: «Obedeced á vuestros superiores, y sedles sumisos: sabed que velan, como que deben dar una cuenta severa de la salvación ó de la pérdida de vuestras almas (1).»

En fin, se comprende cuál debió ser el reconocimiento del viajero herido para con el dueño de la posada, que, según las órdenes del Samaritano, tuvo con él un cuidado de los más exquisitos y afectuosos hasta su completa curación. Ese es también el tercer deber de los fieles para con los ministros de la Iglesia, por los bienes espirituales que de ellos reciben.

¡Ah hermanos míos!... digan cuanto quieran los hombres engañados y engañadores, que en estos últimos tiem-

(1) Obediti præpositis vestris et subjacete eis; ipsi enim pervigilant quasi rationem reddituri pro animabus vestris.

pos han trabajado con una especie de furor en desacreditar al sacerdote, é inspirar á los pueblos desconfianza, odio, antipatía y desprecio hacia él, no es menos cierto que el sacerdote, como lo dice San Juan Crisóstomo, es el hombre que no vive para él, sino para Jesucristo (1) y para los intereses de su gloria, consagrada toda entera á la salvación de las almas. No es menos cierto que ese sacerdote, establecido como mediador visible entre Dios y el hombre, y ofreciendo todos los días el sacrificio de propiciación y de paz, combate contra la justicia y la cólera del cielo, y maneja mejor que ningún otro los intereses temporales y espirituales de la tierra (2).

Si sois justo, el sacerdote es quien por el ejercicio de su ministerio os confirma en la justicia: si sois pecador, hereje, incrédulo, el sacerdote es quien vela sobre Vos, os sigue, os atrae y os conduce al camino de la gracia, al perdón de la Iglesia, y á las creencias religiosas, por todas las industrias que le sugiere su celo.

Si sois desgraciado, el sacerdote es, dice San Gregorio, el que, hecho imagen visible de la divina misericordia, descende para consolaros hácia los miembros de Jesucristo (3). El sacerdote es el que arranca á la opulencia los sócorros en favor de la pobreza. Él es el que hace encontrar madres según la gracia, á esos niños desgraciados abandonados por sus madres según la naturaleza. En él se encuentra al defensor de la viuda, al tutor del huérfano, al consolador del enfermo, del prisionero y del oprimido; es como la Providencia visible de todos los que padecen.

¿No es en el seno del sacerdote adonde se acude á depositar las querellas de familia para hacerlas cesar? ¿No

(1) Non sibi sed Christo vivit. (San Juan Crisóstomo.)

(2) Medius inter homines et Deum constitutus pro illis, dimicat huic populum concilians et adjunges. (Ibid.)

(3) In Christi membrum miseratio descendit. (San Gregorio.)

es de la palabra del sacerdote de donde sacáis el consejo en las dudas que os agitan, la fuerza en las tentaciones que os hacen temblar, el consuelo en las penas que os afligen, el reposo en los remordimientos que os desesperan?

Dulce sin debilidad, temible sin cólera, paciente sin pusilanimidad, reprendiéndooos sin amargura, excitándoos á la confianza sin adulación, instruyéndoos sin humillaros, socorriéndoos sin ofender vuestra dignidad, sustrayéndose á vuestro reconocimiento por no ofender vuestra delicadeza, el sacerdote es el instigador, y, por decirlo así, el agente de reconciliaciones felices, de restituciones inesperadas, de reparaciones eficaces, de arrepentimientos sinceros, y de conversiones por largo tiempo esperadas.

El sacerdote, pues, es el compañero inseparable, el único amigo fiel hasta el fin de la vida, que no os deja cuando todo os abandona, en el momento de la muerte. Y como os ha recibido en sus brazos en vuestro nacimiento para introducirnos en la Iglesia, no os dejará en vuestra última hora, no reposará hasta que no haya recogido vuestra alma para trasmitirla al cielo y depositarla en el seno de Dios.

¿Será, pues, exigir demasiado el pedirnos un poco de reconocimiento y de gratitud para con aquellos á quienes, después de Dios, sois deudores de la única felicidad verdadera en la tierra y en la eternidad? ¿Será importunidad el decirnos con San Pablo que es un deber vuestro el no tratar como desconocidos á los que entre vosotros trabajan en el santo ministerio? (1) ¿Será demasiado exigir el pedir una subsistencia decorosa para los que San Pablo hubiera querido ver admitidos en la participación

(1) Noveritis eos qui laborant inter vos. (I. Thessal., v, 12.)

de todos los bienes? (1) ¿Será una pretensión insostenible el reclamar con San Pablo un doble respeto y dobles honores para los que desempeñan con un celo sin límites, y con una edificación siempre creciente, los deberes de su cargo? (2).

Creería hacer una ofensa á la nobleza de vuestros sentimientos, si insistiese sobre este punto. La gratitud, la sumisión, la confianza de los fieles para con los ministros de la Iglesia son unos deberes sagrados. Es imposible que jamás sean olvidados por vosotros, y que no lleguen á ser de día en día el objeto de la más santa emulación.

No quiero tampoco pasar en silencio los deberes del sacerdote. Hacer una exposición de ellos es aumentar vuestro legítimo afecto hácia un clero que sabe exhortarse tan bien á sí mismo, y cuyo celo no conoce desaliento ni languidez.

TERCERA PARTE.

Nuestro Señor Jesucristo, refiriendo en la parábola que el buen Samaritano curó desde luego por sí mismo al pobre viajero herido, y después le confió á los cuidados del dueño de la posada, hizo uso de la misma expresión en esas dos circunstancias de su narración: tuvo cuidado: *Curam ejus egit*; tened cuidado de él; *Curam illius habe*. Pues bien: eso no carece de misterio. La identidad de expresión, según los intérpretes, fué adoptada aquí para indicar la identidad de procedimientos y de sentimientos. Jesucristo quiso, pues, enseñarnos por ese me-

(1) Communicet autem is qui catechizatur, et qui se catechizat, in omnibus bonis. (Galat., vi, 6.)

(2) Qui benè præsunt presbyteri, duplici honore digni habeantur, maxime qui laborant in verbo et in doctrina. (I. Tim., v, 17.)

dio, dice San Bernardo, que así como el Samaritano constituyó al dueño de la posada en sucesor y vicario de su propia solicitud para con el herido, del mismo modo Jesucristo ha constituido los ministros de su Iglesia en sucesores y vicarios de su amor para con los hombres: *Amoris Christi vicarios*. Así el cuidado que Jesucristo tuvo de la humanidad, enferma de muerte, por las consecuencias del error y del vicio, debe tomársele ó tenerle constantemente el sacerdote: *Curam ejus egit... curam illius habe*. Sí, el mismo cuidado, exactamente el mismo.

El Samaritano no procuró saber la nacionalidad, las creencias ni las opiniones del viajero herido antes de pensar en prodigarle sus cuidados. No miró más que su desgracia, ni consideró más que la necesidad en que se encontraba de auxilio. Sus heridas y su desamparo fueron el único título á la compasión del Samaritano y á las demostraciones de su caridad. Al verle en aquel estado, el Samaritano se movió á compasión (1). Del mismo modo se ha conducido Jesucristo con los hombres. Se compadeció de nosotros, y se entregó por todos nosotros sin distinción de personas (2). No vió entre nosotros más que una criatura caída, herida de muerte por el pecado, incapaz de rehabilitarse por sí misma. Sí; mi Dios, como ha dicho el profeta-Rey, no excluye á nadie del beneficio de su misericordia (3).

Hé ahí, pues, el primer deber del sacerdote para con el pueblo: debe cuidarle sin distinción de rango, de edad, de sexo, de creencias y de opiniones. La abnegación del sacerdote católico debe ser católica, es decir, *universal*, como lo expresa la palabra; debe ser tan ex-

(1) Videns eum, misericordia motus est. (*San Lucas*, x, 33.)

(2) Pro omnibus mortuus est Christus. (*II. Cor.*, v, 15.)

(3) Misereris omnium, Deus. (*Sap.*, xi, 24.)

tensa como el universo, tan humanitaria como el Evangelio, y sin acepción de personas, como la caridad.

Si se entendiese una caridad limitada, no sería la caridad católica. Los que sostuviesen semejante cosa serían hombres profundamente perversos, sumidos en el fondo de la sima de corrupción, serían herejes, incrédulos, impíos. Mas no importa; eso sólo prueba que están más enfermos, y que exigen por nuestra parte un cuidado más especial y esmerado. Desde el momento que entran en nuestra diócesi, en nuestra parroquia, nos han sido también confiados por Jesucristo y por la Iglesia: *Curam illius habe*. ¿Con qué derecho pretenderíamos abandonarlos y desesperar de su salvación?

¡Pobres almas... más desgraciadas quizá que culpables... obcegadas por funestas preocupaciones de educación y de origen, extraviadas por el error, embrutecidas por la ignorancia, víctimas de sus propias pasiones y de las de otros!... ¡Pobres almas, en las que todo hay que rehacerlo!... ¡en las que apenas queda algún vestigio de moralidad, alguna chispa de razón y de aspiración á la verdad y la virtud!... Cuanto más profundas son las llagas, más derecho tienen á cuidados afectuosos é inteligentes. Ellas son las que deben atraer más particularmente los santos artificios de nuestro celo, las ingeniosas industrias de nuestra abnegación. Eso fué lo que Jesucristo quiso insinuarnos cuando pronunció estas tiernas é interesantes palabras: «Quiero la misericordia y no los sacrificios; no son los que gozan de salud, sino los enfermos, los que tienen necesidad de médico. No he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores» (1).

Por la misma razón que nuestra abnegación debe ser

(1) Misericordiam volo et non sacrificium. Non est opus valentibus medico, sed male habentibus. Non veni vocare justos, sed peccatores. (*San Mateo*, ix, 13.)

universal, es fácil concluir que no tenemos, como sacerdotes, ningún papel determinado que desempeñar en el orden político. No debemos declararnos ni por los gobiernos contra los pueblos, ni por estos contra los gobiernos, ó más bien debemos abogar alternativamente la causa de los gobiernos exhortando á los pueblos á la tranquilidad y el orden, y la causa de los pueblos recordando á los gobiernos las leyes de la justicia y los consejos de la bondad. No debemos pertenecer á ningún partido, sino al de Dios, de la virtud y de la desgracia que implora la piedad. Colocándonos en un lado, llegamos á hacernos sospechosos á los del otro. En medio de las civiles discordias, el presbítero, como la Iglesia, debe permanecer en terreno neutral, en donde todas las opiniones puedan encontrarse y respetarse en el espíritu de la misma caridad, como todos los rangos se reúnen y se confunden allí en el espíritu de la misma igualdad.

La gracia de nuestro ministerio evangélico puede ser comparada al agua, que no tiene color y limpia todo lo que está manchado, fecundiza todo lo que es estéril, y refrigera á todo el que está sediento.

Cuando el hombre quiere entrar por el bautismo en la Iglesia, no se le preguntan sus opiniones políticas, sino su creencia religiosa. ¡Desgraciados, pues, de nosotros, si en el ejercicio de nuestro ministerio hacemos excepciones que Jesucristo y su Iglesia no reconocen en él, y si ciframos en las demostraciones de nuestra caridad la recompensa de los que participasen de nuestras propias opiniones! Jesucristo nos pedirá una cuenta rigurosa de esa parcialidad, injusta en todo ciudadano que respeta al hombre, sacrilega en el sacerdote, que, en el primer hombre que llega, debe respetar á Jesucristo en cuyo nombre se presenta. En efecto, el mismo Jesucristo es quien ha dicho al sacerdote: «Todo hombre digno de piedad por sus errores, por sus desórdenes, por sus pa-

decimientos, por su desconsuelo, debe ser el objeto de vuestros cuidados. Yo soy el que os le dirijo: sus desgracias son sus únicos derechos; sus necesidades, su única recomendación; sus enfermedades y sus llagas, sus únicos privilegios: ten cuidado de él: *Curam illius habe.*»

La abnegación del Samaritano para con el viajero herido fué, como ya hemos visto, la imagen de la abnegación generosa con que Jesucristo se entregó él mismo por la humanidad caída, por la humanidad entera, despojada y herida de muerte por consecuencia del pecado. De donde debemos concluir que nuestra abnegación debe ser no sólo universal, sino también generosa.

A imitación del que llevó sobre sí mismo nuestras enfermedades y nuestros dolores (1), el verdadero sacerdote de Jesucristo debe, en el fondo de su corazón, sentir las miserias, las enfermedades de su pueblo: debe participar de sus padecimientos, de sus penalidades, de sus alarmas y de sus peligros: y si es necesario, tomar sobre sí todo su peso y su amargura.

El sacerdote dejará gustoso á los sabios y á los políticos del siglo el oro, los placeres, la dominación y el poder. Pero lo que no abandonará jamás será el cuidado de las almas que el mismo Jesucristo le ha confiado, será la dispensación de la verdad y de la gracia, el dulce y santo imperio de la caridad. Ha aprendido de Jesucristo que las verdaderas llagas del alma son el error y el vicio, y que las almas no viven más que de verdad y santidad. Su fe le dice que no hay más verdad ni santidad que la verdad y santidad católica. Siente que Jesucristo, en el misterio eucarístico, hace pasar á su corazón de sacerdote todo el ardor de esa caridad divina que no conoce ni peligros ni obstáculos; que devora, por de-

(1) Verè languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit. (Is., LIII, 4.)

cirlo así, las dificultades, y que sabe, en caso de necesidad, sacrificar su reposo, su salud y hasta su misma vida.

Los que no ven nada más allá de los móviles de la naturaleza humana, preguntan cuál puede ser el alimento y el sostén de ese celo tan constante y tan generoso. Héle aquí: es el que el sacerdote aguarda de Dios, y sólo de Dios, su recompensa, del mismo modo que el dueño de la posada no esperó del desgraciado herido, sino de sólo el Samaritano, la recompensa de su celo y de sus cuidados. Nosotros también no debemos esperar más que de Jesucristo, cuando venga á pedirnos cuenta de nuestro ministerio, la recompensa y la indemnización de nuestros sacrificios.

Los corazones dominados por la incredulidad y el materialismo suponen siempre en nuestro celo especulación y cálculo. Sí, seguramente, en cuanto ambicioso, el cálculo de la esperanza es el que anima al sacerdote católico. Sabe que el divino Remunerador le contará todo, lo recompensará todo con usura y magnificamente. Pero no en este mundo, sino á su vuelta, en su última venida: Él ha dicho por boca del Samaritano de la parábola: «Cuando regrese, os volveré todo, absolutamente todo lo que hayáis gastado con el enfermo confiado á vuestro cuidado» (1).

Hé ahí el verdadero origen, el verdadero móvil del celo sacerdotal: hé ahí también la condición y el verdadero secreto de su buen resultado en los pueblos.

Se calumnia al pueblo, y particularmente al pueblo francés, cuando se pretende que no quiere la acción ni la influencia del sacerdote. Si en tiempos calamitosos, cuando las poblaciones, viviendo fuera de la acción del

(1) Et quodcumque supererogaveris, ego, cum reddero, reddam tibi. (San Lucas, x, 35.)

sacerdote, no le conocen más que por las pinturas calumniosas que de él hacen escritores á sueldo de las más bajas pasiones, ó por algunos raros escándalos explotados por el espíritu de las tinieblas, ha podido hacerse que por un momento se haya creído al pueblo hostil á la acción de la Iglesia.

Pero que no se eleve un muro de división entre el sacerdote y el pueblo, ó si existe, que se haga caer á tierra; que se deje al pueblo ver al sacerdote tal como generalmente es en Francia, al sacerdote que se os asemeja, venerables hermanos, al sacerdote que reúne el saber á la virtud, el celo á la bondad, la desinteresada abnegación por el pueblo al amor de la Religión, y yo garantizo á ese sacerdote el respeto, la estimación y el afecto, no sólo de los católicos, sino hasta de los disidentes; no sólo de los fieles, sino también de los incrédulos. A despecho de las pasiones y de las preocupaciones, queda siempre en el pueblo, en el verdadero pueblo (no hablo de los satélites de tal ó cuál conjuración, de tal ó cuál tenebrosa bandería), queda siempre en el verdadero pueblo cierta rectitud, cierto sentido cristiano que hace que se le vea estimar, aplaudir y amar al sacerdote, cuando no ve en él más que al varón de Dios; al hombre de la Iglesia, al hombre del pueblo.

Y puesto que es así, venerables hermanos, abracemos con amor, con interés á ese buen pueblo que Jesucristo y la Iglesia han confiado á nuestros cuidados. Estudiemos más atenta y detenidamente cada día sus necesidades espirituales y sus miserias temporales. No ignoramos que para ese estudio tenemos una ventaja inmensa sobre todos los estadistas, sobre todos los que sueñan en una insulsa y estéril filantropía. Nos bastará prestar atento oído á estas poderosas palabras: «Tened cuidado de él:» *Curam illius habe*. Comprenderemos que esos cuidados deben variar y trasformare según los tiempos y las cir-

cunstancias, pero permaneciendo siempre una inspiración de la caridad católica. Las dos misteriosas monedas confiadas á nuestra fidelidad, forman un tesoro, un fondo inagotable. Si la verdad y la gracia, cuya dispensación tenemos, bastan para todo, se prestan á todo, y con tal que no se alteren en las manos que las dispensan, tendrán circulación siempre y por todas partes, á despecho de todas las conspiraciones del infierno. No dejemos, pues, jamás de instruir á la ignorancia, de dirigir al justo, de buscar al pecador, de sostener al débil, de alentar al tímido, de socorrer al pobre, de asistir al enfermo, de defender al oprimido, de consolar al desgraciado. No nos encerremos en el cumplimiento riguroso del deber y de lo que nos está estrictamente impuesto como precepto. No pongamos límites con demasiada facilidad á la extensión de nuestra caridad, pues que Jesucristo nos declara que no pondrá otros límites á la extensión de sus recompensas que los fijados por las restricciones de nuestro celo y de nuestra buena voluntad. Ya lo habéis oído en la parábola: «A mi regreso satisfaré todo, exactamente todo lo que hayáis gastado con el que os confío» (1). Ya sabéis lo que significa en boca del divino Remunerador una promesa de indemnización: sabéis cómo centuplicará el capital empleado en él: sabéis si ha dicho verdad cuando ha prometido ser, Él mismo, por la comunicación de todo su Sér, de toda su felicidad, nuestra más grande recompensa, y cuando se ha constituido garante de que en nuestro seno sería depositada una medida llena, colmada y superabundante por todas partes (2).

A vista de semejantes alicientes, sería bochornoso para nosotros el cansarnos y el detenernos en el cumplimiento

(1) Et quodcumque supererogaveris, ego, cum reddiero, reddam tibi. (*San Lucas, x, 35.*)

(2) Mensuram bonam et confertam. (*Ibid., vi, 38.*)

de las buenas obras, pues que en el gran día de la recolección no será posible cansarse de recibir, como Dios no podrá cansarse de colmarnos de sus dones (1).

Y vosotros, fieles piadosos, secundad tan generosos designios, tan noble desinterés, cuyo honor corresponde indudablemente á la Iglesia, pero de los cuales recogéis toda la utilidad y todo el fruto. Uníos de corazón á esos Pastores caritativos, que no viven más que con la esperanza de contribuir á la salvación de vuestras almas. Ayudadles con vuestras oraciones, con vuestra obediencia, con vuestro respeto, con vuestro amor, para que cumplan con menos dificultad entre vosotros la obra de su celo, tan combatida por los obstáculos.

Y vos, venerable Pontífice, que tan fielmente habéis escuchado, y tan constantemente transmitido á vuestros colaboradores la orden del divino Maestro: vos que sois tan persuasivo, tan elocuente, en toda la fuerza de la palabra, cuando decís á alguno de vuestros sacerdotes: tened cuidado de esa parte del rebaño, hacedle objeto de vuestra particular solicitud, como yo hago de él el objeto de una solicitud general: *Curam illius habe*: á vosotros conviene personificar todo el ministerio eclesiástico en esa hermosa porción del catolicismo; sobre vosotros reposa el alma sublime y caritativa del augusto Pio IX, cuando su corazón paternal se abre á la expansión cerca de Dios, para la prosperidad espiritual de esta magnífica diócesi. Me parece oírle deciros con las palabras de San Ambrosio: «Sentaos en medio de vuestro pueblo como el Cristo sobre su tribunal; ofreced los sagrados misterios con la santidad de un habitante de los cielos; presentad los votos del pueblo con la majestad del pontificado; sed para los fieles entre sí y para los fieles cerca del Altísi-

(1) Bonum igitur facientes non deficiamus, tempore enim suo metemus non deficientes. (*Galat., vi, 9.*)

mo» (1). Y luego me parece que, acordándose de la Francia, su hija primogénita, el augusto Pontífice, os dice: «Orad, orad mucho por la paz de la Francia, hija muy amada de la Iglesia, para que esa nación privilegiada, colocada á la cabeza del movimiento católico, pueda cumplir su misión providencial, secundar por todas partes la propagación del Evangelio, y llevar á los pueblos, con el cristianismo, la única y verdadera civilización:» *Interpella pro pace ut mediator*. Rogad, interceded por la paz, pero la paz fundada en la justicia, apoyada, embellecida por la caridad. Porque el egoísmo del hombre es el que pierde al mundo, y no puede salvarse sino por la caridad de Dios: *Interpella pro pace ut mediator*. Así sea.

(1) Ascende ad altare tribunal-ut Christus; ministra ut sanctus; offer vota populorum ut pontifex; interpella pro pace ut mediator. (San Ambrosio.)

HOMILÍA

SOBRE

LA CONVERSIÓN DE ZACHEAS (1).

Llamado á decir algunas palabras de edificación acerca de esta capilla, he creído que no podía hacer cosa mejor que leeros el Evangelio señalado para la consagración de las iglesias, y comentar la narración de la maravillosa á la par que tierna conversión del publicano Zacheas. Seré muy sencillo en la explicación del texto sagrado, porque el Evangelio no tiene necesidad de los vanos adornos de la palabra humana. Es una palabra divina, que siempre tiene en sí misma el poder de iluminar los espíritus, de consolar y curar los corazones. La narración es por otra parte muy digna de interesaros por sí misma, pues es la relación de uno de los más grandes milagros obrados por nuestro Señor, y que revela de la manera más palpable su poder y su divinidad.

Atended: se trata de la conversión de un hombre poseído de la pasión de las riquezas, es decir, la pasión más fuerte, la más indomable, la más violenta de todas: la pasión que después de haber tiranizado al hombre toda

(1) Predicada en la bendición de una capilla en 1851.